

ción de inquietud que precede á los momentos supremos, se habia apoderado de todos.

«En estos momentos de agonía corrió la voz de que los cónsules extranjeros se atrevían á salir bajo el pabellón de sus naciones á la cabeza de sus compatriotas; y que el alcalde segundo conduciría á los ancianos, mujeres y niños de la ciudad, resolviéndose todos á sufrir el fuego con que se les amenazaba: las mujeres acogieron esa idea con el entusiasmo de la desesperación, porque si podían encontrar la muerte, á lo ménos ese medio les ofrecía la ocasión de hacer cesar el lento y prolongado martirio que sufrían: y todas abandonaron sus casas, proveyéndose apenas de lo muy necesario para salir, y llevando en los brazos á sus hijos, se dirigían á las líneas en busca de sus deudos. Allí, entre sollozos convulsivos, la anciana madre besa la frente de su hijo por la última vez; la tierna vírgen recibe la bendición de su padre, como al borde del sepulcro; y la esposa y la hermana estrechando en sus brazos al guerrero, se despiden de él para la eternidad. Y esos soldados que no han temblado al pavoroso estruendo de los proyectiles enemigos; esos valientes, que sin inmutarse han visto caer mutilados y moribundos á sus compañeros; que han comido su escaso rancho á la luz de los incendios que debastaban sus fortunas, tranquilos y serenos cuando se consagraban únicamente á la patria, sienten también rodar una lágrima por su mejilla; pero no vacilan, y al estrechar contra su seno á la tierna esposa, al recibir la bendición de una madre delirante, solo exclaman en el estremecimiento de su dolor. «Venganza, Dios mío, venganza.....» Venganza, es la única voz que se escucha en las líneas.....

«Para evitar la repetición de estas escenas que desgarran el corazón, fué preciso poner centinelas en algunos puntos: y la población vagaba indagando cuál sería la puerta

de salida. Las casas de los cónsules estaban sitiadas y el comandante general perseguido por multitud de señoras y de personas de todas clases, que le pedían pusiera término á la calamidad general. Para obligarles se le hacía presente, que el enemigo no necesitaba perder ni un hombre para rendir la plaza, porque con sus proyectiles podía destruir la ciudad, para lo cual habia establecido ya una batería de setenta piezas, que no dejaban concebir la más ligera esperanza.....

«Parece que una cruel fatalidad presidia en esta campaña los destinos de México, y que los más nobles esfuerzos y sacrificios de algunos de sus hijos habian de ser coronados por el infortunio. Esto sucedió en la plaza de Veracruz que despues de una heroica defensa se vió obligada á sucumbir al enemigo.

No quedando pues mas esperanza que la capitulación, se pensó en ella, comisionando para tratar con los enemigos al comandante de ingenieros D. Manuel Robles Piqué, la que tan bizarramente se habia portado desde que los buques enemigos avistaron á la ciudad, y se le mandaron asociar los coroneles D. Pedro Herrera y D. José Gutierrez Villanueva. Estas negociaciones, á la vez que calmaban la ansiedad del público, excitaban el disgusto entre las tropas, que no manifestándose dispuestas á transacción alguna con un enemigo injusto y bárbaro, se negaban á capitular; pero al fin se calmaron, así por las observaciones del general en jefe, como en vista de la amarga realidad de no haber parque, ni víveres, ni medio alguno de prolongar por más tiempo la defensa.

«Todo habia acabado para Veracruz. Los valientes veteranos y nacionales, que tanto sufrieron, que tanto sacrificaron, que fueron diezmados por los proyectiles enemigos, sin tener siquiera la ocasión de vengar la sangre de sus hermanos, debían entregar sus armas á un enemigo

go, á quien la superioridad de sus elementos de guerra y el delirio de la capital habian dado la victoria. Y esa poblacion desgraciada, que habia sufrido un bombardeo que, relativamente hablando, no tiene ejemplo en el mundo; esa poblacion inerme, que habia visto perecer á centenares de víctimas inocentes é indefensas entre los escombros de las ruinas, y desaparecer entre las llamas de los incendios su fortuna y el porvenir de sus hijos, debia tambien apurar el cáliz de la desgracia, viendo á un enemigo tan afortunado como sanguinario y desapiadado, pisar orgulloso las calles de la heroica ciudad, cuya pérdida se estima de 5 á 6 millones de pesos.

«Todo habia acabado para Veracruz. En vano de 400 á 500 de sus habitantes habian perecido; en vano derramaron su sangre mas de 600 guerreros. Las tumbas de estos valientes tambien debian ser holladas por el vencedor!..... En vano habia sufrido la ciudad los estragos de 6,700 proyectiles con peso de cuatrocientos setenta y tres mil libras, que el enemigo dirigió sobre ella; en vano la plaza gastó 8,486 para defenderse. La ciudad cayó en poder del vencedor y la fortuna cruel dió este nuevo y doloroso golpe á la desgraciada República mexicana.

El dia 28 de Marzo fué ratificada la capitulacion celebrada el 27; y al amanecer el 29, la ciudad tenia un aspecto funerario, porque al entusiasmo guerrero sucedió la frialdad del horror con que se esperaba la entrada del enemigo vencedor; y la ciudad que habia sido testigo de la noble abnegacion de sus defensores se hallaba triste y solitaria doliéndose de presenciar la entrada de un enemigo que abominaba.

El sacrificio estaba consumado: habia sonado la hora fatal; y el general Worth acompañado de sus ayudantes para recibir la plaza. La valiente y desgraciada guarnicion que tan heroicamente se habia portado arreó su ban-

dera haciéndole los últimos honores con la artillería; y entregando los soldados las armas que tan dignamente habian empuñado salieron por la puerta de la Merced llevando á su cabeza como gefe de la columna al coronel D. Francisco López. Al mismo tiempo que se retiraron los que tantas pruebas dieron de su valor en los dias del peligro, apareció enarbolado el odiado pabellon americano en el castillo de S. Juan de Ulúa en los baluarte de la ciudad, y á la vez todas las alturas aparecian coronadas por los soldados invasores que embriagados con el regocijo de su triunfo poblaban los aires gritando. ¡Urra!..... este grito era la señal de alarma para la capital de la República.

La funesta noticia de la pérdida de Veracruz llegó á México en los momentos en que el general Santa Anna acababa de tomar posesion de la presidencia, quien dispuso que la division que volvia de la Angostura, tomase el camino de Veracruz para que, acompañado de las demas fuerzas de que se pudo disponer, batiera al enemigo en el punto que se creyera mas conveniente. El presidente pidió permiso al congreso para ponerse á la cabeza del ejército, y salió tambien á unirse con las fuerzas que ya estaban en camino, quedando encargado de la presidencia interinamente el general Anaya.

El dia 5 de Abril salió el general Santa Anna á su hacienda del Encero donde provisionalmente estableció su cuartel general; y el dia 11 lo trasladó definitivamente á Cerro-Gordo, donde se pensaba dar una accion decisiva al enemigo.

El general Canalizo que se hallaba con alguna fuerza en el Puente nacional, habia mandado practicar algunas obras de fortificacion en Cerro-Gordo, encargando la direccion de ellas al teniente coronel de ingenieros D. Manuel Robles, cuyo nombre habia adquirido bastante cele-

bridad en la fortificación y defensa de la plaza de Veracruz. Este señor con bastante juicio y fundamento manifestó la ineficacia de la obra que se le encargaba para el objeto que se quería; pero no siendo atendidas sus observaciones, se insistió en llevar adelante aquella orden, viniendo después los acontecimientos á dar una triste y tardía demostración del acierto con que juzgaba el Sr. Robles.

El día 12 tomó ya el ejército las posiciones que se designaron, formando una combinación general de defensa, con la cual se lisonjeaba el general Santa Anna del buen éxito de la campaña: muchos de los gefes del ejército veían por el contrario gravísimos defectos en el plan del general en jefe, y aunque todos obedecían con una abnegación que hace honor al ejército mexicano, presagiaban sin embargo una desgracia inevitable; pero ninguno tuvo bastante energía para disuadir al general Santa Anna de los errores en que incurria por su falta de prevision, porque su orgullo le hacia inaccesible á las observaciones de la razón y de la ciencia, agradándose mas de una humillación degradante, que de juiciosas y prudentes advertencias.

El enemigo, que desde el día 11 se hallaba al frente de aquella posición no manifestaba emprender ataque alguno; y ese silencio, que en el campo mexicano se tomaba como indecisión aumentaba en muchos el entusiasmo, á la vez que para otros no hacia sino prolongar la violenta ansiedad con que contemplaban aquella perspectiva de vida ó muerte para la nación, temiendo mucho que en esa vez no sonreíría la victoria en favor de las armas nacionales, por los desaciertos que notaban en lo general del plan. Al fin el día 17 después de medio día, al tiempo que el general Alcorta marchaba para hacer un reconocimiento en el cerro de Atalaya, las fuerzas enemigas mar-

chaban también divididas en tres secciones para reconocer en toda su extensión la posición del ejército mexicano. Un fuego muy vivo se sostuvo por ambas partes, y el empuje de los americanos encontró en todas las líneas, el mayor vigor del soldado que luchaba en defensa de su patria y que estaba dispuesto á escribir con su sangre una de las páginas mas brillantes de la historia nacional, sobre la qual parecían tener fija la vista las generaciones de los siglos futuros. Y rechazados los enemigos por todas partes se retiraron al abrigo de los bosques que rodeaban la posición mexicana, en la cual se extendió un regocijo universal celebrado con las dianas y músicas de los cuerpos y los entusiastas vivas de los soldados.

Aquel campo perteneció por un día mas á los defensores de la causa nacional, quienes recogieron como 200 enemigos que habian caído muertos ó heridos en su reconocimiento sobre las líneas de Cerro Gordo; y aun la nación toda pudo regocijarse por un momento con la idea alhagadora del triunfo, porque luego se avisó á México por un extraordinario el buen éxito que sus armas habian tenido en esa tarde. Poco duró sin embargo este sueño de ventura, porque cerca estaba un cruel desengaño.

Al amanecer el día 18, las baterías enemigas del Atalaya rompieron sus fuegos sobre el cerro del Telégrafo, el que fué atacado por una columna americana mandada por el general Twigis. Al estruendo pavoroso de las baterías de los dos campos, cuyos ecos se multiplicaban repercutidos en las boscosas cañadas de aquella dilatada cordillera de lomas, la columna americana se aproximaba impunemente á las líneas mexicanas, favorecida por los breñales y todas las sinuosidades del terreno con que se ponían al abrigo de los fuegos de sus contrarios. Cuando estuvieron ya casi sobre las mismas líneas que trataban de asaltar, la artillería cesó su fuego y en ese momento comenzó

tan vivo el de la fusilería, que los combatientes quedaron completamente envueltos en una densa humareda, en cuya oscuridad la muerte agitaba terriblemente sus negras alas, haciendo caer á montones á los soldados que sostenían aquella encarnizada pelea. Entre las víctimas que allí hallaron una muerte gloriosa en defensa de su patria, se contaron el coronel Palacios que mandaba la artillería en aquel punto y el general D. Ciriaco Vázquez que mandaba en jefe toda la fuerza que guarnecía el cerro del Telégrafo; y no hallándose presente el general Uraga que era el segundo, porque se le había mandado á defender la falda izquierda del cerro, los soldados se desmoralizaron por la falta de sus gefes, y cuando el general Bananelli tomaba el mando interinamente, ya no era fácil contener aquel desorden, porque los enemigos habían saltado ya sobre la última línea fortificada. Los gefes mexicanos hicieron aun un esfuerzo digno de su valor, mandando calar bayoneta á los soldados, quienes cargaban con brío en el punto á donde se les dirigía: pero la superioridad numérica del enemigo los envolvía por todas partes obligándolos á rodar por la pendiente del cerro, como un torrente que se despeña de una altura.

Durante el ataque del cerro del Telégrafo, fué atacada también la ala derecha de la línea mexicana por la columna que mandaba el general Pillow: el estrago que en esa parte se hizo á los enemigos fué horrible y los obligó á huir apresuradamente y en el mayor desorden; pero como á la vez los americanos se habían apoderado ya del cerro del Telégrafo que era la base de las líneas mexicanas, las fuerzas vencedoras en él, descendieron sobre la línea derecha dejándola cortada y sin defensa, por la cual el general Jarero que la mandaba se encontró sin poder hacer resistencia y tuvo que capitular entregándose con toda su fuerza al enemigo que lo rodeaba por todas partes.

Al mismo tiempo otra columna americana al mando del general Worth atacaba la línea del centro, única que quedaba ya al ejército mexicano; y también tuvo que sucumbir porque con la pérdida de las otras dos líneas su defensa tenía que ser débil. La caballería y todo el resto de las fuerzas que formaban la reserva del ejército, quedaron sin tomar parte en el combate porque no se los permitía, ni la incomodidad del terreno, ni la mala disposición en que se habían colocado: los distinguidos militares Robles y Holsinger que tan buen nombre habían adquirido en Veracruz, hicieron los últimos esfuerzos en aquel día desventurado para la patria, y acompañados de los valientes oficiales de artillería Malagon y Argüelles, y de Velasco jefe de los coraceros que murió ese día lleno de gloria, hicieron jugar las piezas de la línea del centro hasta que no les quedó ya recurso alguno de defensa.

Perdida toda la posición, y lo que era más, perdida la moral y disciplina de los cuerpos, el resto del ejército no formaba ya sino una masa de hombres que en la mayor confusión y desorden hacían marchas y contramarchas, que no hacían sino aumentar la desmoralización que en vano pretendían contener algunos gefes: y no habiendo ya vínculo alguno de mando ni de obediencia, no se hacía otra cosa que agitarse en un tropel desordenado para huir, porque no quedaba ya sino el deseo de salvarse. ¡Cerro-Gordo se había perdido; y esta derrota casi podía hacer presagiar de una manera segura, que el invasor podría enarbolar su pabellón triunfante en la misma asta en que el pabellón nacional flameaba sobre el palacio de la capital!